

Zóltan Boldizsár Simon, *History in Times of Unprecedented Change. A Theory for the 21st Century*. London: Bloomsbury, 2019, 209 págs.

El trabajo aquí reseñado presenta una teoría del cambio de la sensibilidad histórica en la segunda mitad del siglo XX, entendida tanto como el curso de las cosas mismas como la escritura histórica. La misma se presenta en sendas partes del libro. En la primera se presentan nociones cambio sin precedentes, pasado apofático, historia como singular interrumpido, distopía posthistórica o temporalidad evéntica. En la segunda, la teoría cobra forma como una propuesta en torno a la expresión de la experiencia, donde la tipografía tachada juega un rol clave; luego como en un momento ético dirigido al futuro; y por último como un momento de formación del sentido histórico en que no puede transferir plenamente la experiencia inicial al lenguaje.

El libro postula un cambio en la sensibilidad histórica, una ruptura con la concepción moderna de historia. Ésta fue criticada como teleología, pero sin dar cuenta que fue una herramienta con la cual Occidente se apropió la novedad y la alcanzó como futuro. Pero a Simon no le interesa aquella sino como antecedente de la actual, radicalmente diferente y sin precedentes. El argumento es que la sensibilidad moderna ha sido desafiada, lo cual se expresa en el abandono de las filosofías sustantivas de la historia, en las tesis del ‘fin de la historia’ y el presentismo, para quienes el cambio a largo plazo ya no tiene lugar y todavía articulan un concepto de historia sociopolítico que excluye las esferas tecnológicas y ecológicas.

Se trata de identificar estos cambios como una mudanza a un concepto de historia carente de progreso, como emergencia de prácticas marcadas por visiones de un cambio sin precedentes, que se relacionan con el pasado disociativamente. Las perspectivas de la guerra nuclear, el cambio climático y tecnológico, la bioingeniería, inteligencia artificial y el transhumanismo, por medios de las que Occidente ha modificado su visión de futuro, conciben al futuro como desconectado del pasado, incluyendo la posibilidad de la extinción humana. Por ello hay que conceptualizar la relación con el pasado como disociado, como completa desconexión, incluso en términos de identidad subjetiva, donde esa disociación ya sucedió.

Un obstáculo para esta perspectiva es que el debate se ha reducido a la filosofía de la historia entendida como filosofía de la historiografía, soslayando las preocupaciones sobre la novedad, operando con un concepto moderno de historia, unidad de lo acontecido y lo conocido, que ha incorporado lo nuevo, pero en un patrón temporal donde la novedad se desarrolla a partir de lo viejo. Los estudios históricos, en tanto, siguen empeñados en la conexión pasado-futuro, a contra mano de un tiempo de desconexión y de novedad indomable. Nuevas perspectivas demandan nuevas formas de conceptualizar, si la narrativa histórica puede o no adecuarse a esto, está por verse.

En el capítulo primero, Simon presenta su filosofía de la historia, que parte de revisar su sentido ilustrado, cuestionado por su direccionalidad y universalidad, pero cuyo abandono considera erróneo y propone retomarlo de manera cuasi sustantiva. Entiende que la filosofía sustantiva de la historia es ilegítima por su conexión necesaria de futuro y pasado, que haría falta un esquema general del cambio, pero que abandone el desarrollo temporal continuo y un sujeto sustancial auto identificado, que dé movimiento a la historia pero sin unidad de propósito y significado. Se vuelve cuasi,

entonces, porque no hay un conocimiento del pasado derivado del futuro: lo único esperable es una ruptura, sin inevitabilidad o conexión.

En esta filosofía cuasi sustantiva el concepto de historia adquiere tres sentidos: primero, se equipara con el futuro, con las cosas a ser realizadas; segundo, es conocimiento de las cosas sucedidas, como escritura; tercero, es el movimiento del curso de los asuntos humanos. El pasado es un asunto de conocimiento, el futuro de existencia y el movimiento de la historia es la transformación de cuestiones de existencia en conocimiento. Hay lugar para el nacimiento de un nuevo sujeto, pero en el futuro, como una comunidad-por-venir, sin un origen, sin un estado anterior de desarrollo, como posibilidad plural, a condición de que no pueda haber una sustancia.

La historia adquiere así un sentido prospectivo, ontológico antes que epistemológico, un por-venir-no-llegado, y un sentido retrospectivo, el de los escritos históricos, pero sin identidad entre pasado-presente. Esta configuración temporal de la historia es definida como un singular interrumpido, donde la relación ya no es entre espacio de experiencia y horizonte de expectativa, sino entre espacio de conocimiento disociado y un horizonte de existencia, en un tiempo interrumpido.

El capítulo segundo precisa la idea de pasado disociado, apofático, reafirmando la tesis de que no hay un fundamento sobre el cual un sujeto aparezca como el predecesor de uno posterior. No hay un pasado que sea nuestro, no hay continuidad, hay desplazamiento y remplazo. Sin continuidad hay disociación, no hay expectativa sino apertura radical al porvenir. En la filosofía cuasi sustantiva el pasado no remite ni al pasado histórico, historiográfico, ni al pasado práctico, que se relaciona con el presente y con el futuro, ya que ambos asumen la identidad pasado-presente-futuro y un sujeto continuo. Tampoco se relaciona con el pasado presente, que también asume la continuidad como condición de posibilidad. Solo la presencia y el pasado presente se sitúan como contraparte del pasado apofático, pero existencialmente, unidos como trasfondo de la constitución de la identidad, donde la identidad procede por lo que no es y lo que no ha sido. Pasado disociado no sólo de los asuntos pasados sino como punto de vista situado en el futuro, donde el pasado aparece como conocimiento, disociado de la comunidad-por-venir que no es y no puede ser.

Pasado apofático y presente conceptualizan la emergencia de una sensibilidad histórica en tiempos de un cambio sin precedentes, dan cuenta que el nosotros por venir no es un logro alcanzado, sólo exploración, prospección que tenemos por delante. Pero que el nosotros no puede realizarse y siempre es un por-venir no implica que nuestro pasado apofático no pueda realizarse como trasfondo de la escritura histórica. Por último, en el pasado apofático el compromiso ético del historiador es por medio de negación, no por afirmación como en el pasado presente. En este compromiso, ética y conocimiento colapsan mutuamente, ya que las cuestiones éticas son inevitables y la escritura histórica se reconoce como conocimiento esencialmente disputado.

El tercer capítulo está consagrado al futuro y sostiene que se está produciendo un desplazamiento desde lo sociopolítico a lo ecológico y tecnológico, hacia un futuro sin precedentes, no concebido como resultado del desarrollo histórico. La novedad no es sociopolítica, sino que un futuro distópico se impone a la humanidad por sí mismo, súbitamente. Se consideran tres prospecciones antropogenéticas: el apocalipsis climático, la catástrofe tecnocientífica y una guerra nuclear global. Más allá del vínculo

con las utopías, el reconocimiento es la falta de control sobre el futuro, entendiendo lo sin precedentes como desconocido, impenetrable. Es distópico y post-histórico porque no está comprometido con la realización de un futuro deseable, mientras que el pensamiento utópico es posible solo bajo condiciones históricas.

Las distopías posthistóricas remiten al futuro y a la acción, su alcance ético-político se modifica por una amenaza-por-venir, sus acciones no son para realizar algo sino para evitarlo y el futuro deseado histórico se modifica por un evento repentino apocalíptico no deseado posthistórico. Las distopías posthistóricas desafían la sensibilidad temporal moderna, en ellas el juicio final futuro no es de tipo ético-político sino ecológico/tecnológico, mientras la política solo busca controlar, evitar, lo sin precedentes. La amenaza es existencial, la alternativa se vislumbra ya como no humana, como evento eruptivo y sin precedentes, que no puede ser considerado en términos de orientación.

Las distopías no serían el resultado de desarrollos precedentes, sino una alternativa a un desarrollo fallido, la historia, incluso si tienen como fuente común las escatologías. Desafían la sensibilidad histórica albergando una configuración del cambio completamente distinta a la continuidad/discontinuidad, escapando a las escatologías ya que el sujeto, o bien afronta su extinción, o bien su reemplazo. En cuanto a la erupción repentina de un hecho singular, esta es una temporalidad del evento que conlleva una supresión o reemplazo del sujeto, en un vínculo disociado con el pasado y el futuro.

En la segunda parte del libro, Simon elabora una teoría de la historia como historiografía que comienza en el capítulo cuatro con la expresión de la experiencia. Para éste la experiencia histórica tiene tres características: primero, es individual, subjetiva y contiene un elemento de encuentro. Segundo, tiene un carácter estético, súbito, no cognitivo e inmediato, por lo que es muda, no conceptual y excluye cuestiones epistemológicas. Tercero, puede frustrar nuestras expectativas y conceptualizaciones, producir un colapso de las formas de atribuir sentido, habilitando un proceso espontáneo e ingobernable de emergencia de un sentido desposeído.

Simon, si bien reconoce la polarización en la discusión actual, acepta que una transferencia completa de la experiencia en el lenguaje es imposible, de ahí que propone una cooperación entre ambas perspectivas. Y así propone recurrir al recurso de tachar la preposición en las oraciones que se refieran a la expresión de la experiencia histórica, posibilitando la entrada de lo no lingüístico en el lenguaje, un medio que habilita la posibilidad de traducir la experiencia.

Rehabilitar la expresión, pero también alejarse mediante el tachar. Con una restricción: la expresión depende de un impulso ético, el cual, de faltar, enmudece la experiencia. Así busca desarmar la oposición entre la transferencia directa al lenguaje y la aceptación del determinismo lingüístico. Propone una relación en términos de un proceso creativo de formación de sentido cuyo único requisito es reformular la noción de expresión para dar cuenta de los momentos de cambio lingüístico. Hay un reconocimiento de que la experiencia original es inseparable de la experiencia de expresión, pero también de que la escritura no controla el sentido, como tampoco lo hace la expresión, buscando evitar un sentido fundacionista. Al final, la novedad de las representaciones históricas se presentan como la expresión de la experiencia histórica:

hay falta de admisión, apenas visualización, la cuasi presencia de un-algo-así-como-expresado que lejos de ser apropiadamente expresado no es comunicación exitosa sino perplejidad.

El capítulo cinco desarrolla el momento estético de la teoría de la expresión de la experiencia histórica, al encuentro inicial con el mundo. Este está en oposición tanto al énfasis epistemológico como al narrativista, situados en el plano de la justificación. En cambio, pone atención a la novedad historiográfica, independientemente de la verdad o falsedad de las narraciones históricas, entendido como una fenomenología de los estudios históricos orientada hacia ocurrencia de la novedad.

Estética, Individual, encuentro con la realidad externa, la experiencia sucede cuando este encuentro no crea sentido, cuando los esquemas preexistentes se quiebran. No es un encuentro pre discursivo con el mundo exterior, sino inicial, un evento-momento de carácter no epistemológico y contradictorio: mientras el encuentro da cuenta del mundo su carácter estético implica su inaccesibilidad. Conciliación de realismo metafísico y de irrealismo, a saber, intento de conjunción de la creencia de que se puede tener un conocimiento del mundo que existe independientemente de los estados mentales, pero también de que pueden existir distintas formas en conflicto de hacer mundo, un realismo irrealista al decir de Simon.

Solo califican como experiencia los encuentros que implican la conciencia del mismo, pero también la conciencia del reconocimiento de la falla de toda la estructura conceptual. De modo que una experiencia es una confrontación con aquello que es reconocido como sin sentido, aunque hay un paso hacia la comprensión en tal reconocimiento. El evento-encuentro de Simon no produce ningún sentimiento ni estado de ánimo, ya que estos no pertenecen a la estructura del encuentro-evento, que es inicial, estético, protosublime.

Este momento inicial va del sin sentido al sentido, revelando la realidad exterior sin indicar nada sobre su naturaleza, aunque el paso del sin sentido al sentido no se produce por un camino estético sino ético, ya que es el encuentro con el sin sentido de la historia es lo que empuja a la creación de sentido. Para Simon, el momento estético de la teoría de la expresión de la experiencia histórica es vacío de contenido, su único sentido es carecer de este.

El tránsito de este momento inicial al resultado final, la expresión de sentido, entendida ya como constructo lingüístico es el impulso ético, al que dedica el capítulo seis. Este impulso es una motivación para la acción no dirigida hacia la política, sino un esquema de demanda y respuesta, que ofrece un soporte teórico para llevar adelante una acción: comprometerse en el proceso de expresar y formar un sentido histórico.

¿De dónde proviene esta demanda y motivación? Una demanda ética que provenga del pasado es descartada: no se trata de sostener un compromiso con alguna forma historiográfica específica, ni articular una demanda presente. El momento ético en la teoría de la historia es una demanda que proviene del futuro, una demanda que solicita aprobación en el presente y una demanda sobre el pasado. Proviene del futuro porque la motivación para ir del sin sentido al sentido tiene que ver con una visión del futuro, un imaginario conceptual sobre la vida y las sociedades en el futuro. Es también una reivindicación sobre cómo el futuro se relaciona con el presente y el pasado, sobre

la configuración del cambio a lo largo del tiempo. Una concepción que sostiene que la motivación para el cambio de sentido histórico, historiográfico, se deriva de una percepción del cambio histórico como tal.

En el epílogo, Simon sintetiza algunas de las implicancias políticas de su teoría. El argumento es que desde la segunda mitad del siglo XX hay una sensibilidad que está cambiando, que se corresponde con una modificación de la historiografía y con los eventos mismos: los humanos se conciben a sí mismos y su mundo sujeto a una novedad y cambio sin precedentes. En tal sentido precisa que las teorías políticas emancipatorias siguen sin romper con una temporalidad moderna, frente a las cuales, lo sin precedentes no implica promesa de actuar a favor de la realización de un futuro, y en todo caso, como acción, busca evitar un futuro realizable y amenazador.

Para Simon, en el actual momento de cambio sin precedentes, o bien la política esta privada de una visión de cambio, o bien sostiene una sensibilidad histórica procesual. Los cambios ecológicos y tecnológicos ya no pertenecen al dominio político y evocan la modificación de la sensibilidad, entonces, la conexión entre estos cambios y la política se ha roto porque todavía está comprometida en restaurar una temporalidad procesual.

Simon reconoce que sus proposiciones no resuelven el problema y que no tienen una pretensión normativa, a lo sumo propone algunos escenarios posibles: primero, el colapso de lo político tal y como lo conocemos, aunque sin la ausencia de formas de control y supervisión; segundo, la articulación de política y la tecnología/ecología como contrapesos, o sea su desincronización; y tercero, un escenario donde la política se sincronizara con los cambios, aunque esto solo sea posible si abandona su temporalidad procesual.

Por último, se pregunta si todo esto puede considerarse todavía propiamente histórico, dado que la nueva sensibilidad no representa una sucesora sino una alternativa. Es un otro que reemplaza a la historia, pero también es una noción que a pesar de ser alternativa sigue siendo histórica, ya que configura el cambio en el tiempo como un cambio en los asuntos humanos y posthumanos en un mundo mundano. ¿Una nueva sensibilidad histórica?, solo por el momento, una ambigüedad que es en también una forma de mirar aquello que nos llega de la sensibilidad moderna, pero que también podemos decidir abandonar.

Esteban Vedia
Universidad Nacional del Comahue (Argentina)
vedia.esteban@gmail.com

Fecha de recepción: 13 de octubre de 2020
Fecha de aceptación: 9 de diciembre de 2020

Publicación: 31 de diciembre de 2020

Para citar este artículo: “Esteban Vedia, “Zóltan Boldizsár Simon, *History in Times of Unprecedented Change. A Theory for the 21st Century*. London: Bloomsbury, 2019, 209 págs.”, *Historiografías*, 20 (julio-diciembre, 2020), pp. 143-148.